

## XXVIII

## LA ALARMA

El nuevo personaje á quien presentamos, ó mejor, que se presentaba por sí mismo en el salón del marqués de Souday, era el comisario general del futuro ejército vendeano, quien habiendo trocado su nombre muy conocido en el foro de Nantes por el pseudónimo de Pascual, había ido varias veces al extranjero para conferenciar con *Madama*, y la conocía perfectamente. Apenas hacía dos meses que había pasado á Génova y que llevando noticias de Francia á S. A. R., recibió órdenes en cambio, entre ellas la de que la Vendée estuviese pronta.

—¡Hola! hola! exclamó el marqués de Souday con cierto movimiento de labios indicativo de la escasa admiración que á los abogados profesaba; ¡hola! el comisario general señor Pascual.—Que trae noticias, según parece, dijo Petit-Pierre con muy visible intento de atraerse toda la atención del abogado.

Estremecido el comisario al sonar aquella voz, volvióse hacia donde estaba Petit-Pierre, quien le hizo con los ojos y los labios una seña casi imperceptible, á la cual dióse al parecer por entendido.

—Noticias..... sí, contestó.—¿Buenas, ó malas? preguntó Renaud.—De todo hay. Empecemos por la buena.—Decid.—Su Alteza Real ha atravesado felizmente el mediodía y ha llegado con toda felicidad á la Vendée.—¿Estáis seguro? exclamaron á un tiempo Renaud y el marqués.—Tan seguro como de que ahora os estoy mirando. Pasemos á las demás.—¿Qué sabéis de Montaigu? preguntó Luís Renaud.—Que ha habido una escaramuza con la guardia nacional, de la que han resultado muertos y heridos algunos aldeanos.—¿Con qué motivo? preguntó Petit-Pierre.—Con motivo de una pendencia que luego se convirtió en motín.—¿Quién manda en Montaigu? añadió Petit-Pierre.—Un simple capitán; pero hoy, á causa de la feria, estaban también allí el

sub-prefecto y el general jefe de la subdivisión militar.—¿Sabéis cómo se llama el general? —Dermoncourt.—¿Qué hombre es ese?—Un anciano de sesenta ó sesenta y dos años, de aquella raza de hierro que hizo todas las campañas de la Revolución y del Imperio. Es capaz de estar montado noche y día para no dejarnos un momento de descanso.—Bueno, bueno, contestó riendo Luís Renaud, ya veremos de fatigarle y como por término medio sólo tenemos la mitad de sus años, muy desgraciados ó muy torpes seremos si no logramos nuestro objeto.—Y su carácter ¿qué tal es?—¡Oh! la lealtad personificada; no un Amadís ó un Galaor, sino un Ferragus, y si S. A. R. tuviese la desgracia de caer en sus manos.....—¿Qué estáis diciendo? preguntó Petit-Pierre.—Soy abogado, caballero, y á fuer de tal preveo todas las eventualidades de nuestra causa; repito que si S. A. tuviese la desgracia de caer en sus manos, podría juzgar de su caballerosidad.—Entonces es un enemigo tal como ella misma le habría elegido, enérgico, valiente y leal. Señores, hay probabilidades de éxito. ¿Y los tiros en el vado del Boulogne de que hablabais?—Yo creo que los fusilazos que he oído al pasar por el camino de..... —Quizás no sería malo que Berta fuere á ver lo que pasa, dijo el marqués. La joven se levantó.—¡Cómo! exclamó Petit-Pierre; ¿la señorita?—¿Por qué no?—Páreceme que eso más es cosa de hombres que de mujeres.—Amigo mío, repuso el viejo hidalgo; en esta clase de asuntos no fio sino en mí mismo ó en Juan Oullier, y después de Oullier en Berta ó Mary; y como deseo permanecer á vuestro lado y ese tunante de Oullier no está en casa, fuerza será que Berta supla su ausencia.

Al oír la joven esas palabras encajinóse á la puerta, donde encontró á su hermana que le dijo algunas palabras en voz baja.

—Ahi está Mary, dijo Berta.—¿Has oído los tiros, Mary? preguntó el marqués.—Sí, papá; se están batiendo.—¿En dónde?—En la cuesta de Baugé.—¿Estás segura de ello?—Sí; los tiros suenan en el pantano.—Ya lo veis. ¿Quién vigila á la puerta en lugar tuyo?—Rosina Tinguy.—Escuchad, dijo Petit-Pierre.

Oyóse en efecto llamar precipitadamente á la puerta del castillo.

—¡Diantre! exclamó el marqués; ese no es de los nuestros. Y pusieronse á escuchar con mayor atención.

—Abrid, gritaba una voz; abrid, no hay que perder un momento.—Es su voz, dijo Mary.—¿Qué voz? preguntó el marqués.—La voz del barón Michel, respondió Berta que también la conoció.—¿Y á qué viene ese títere? dijo su padre dando un paso hacia la puerta como para oponerse á su entrada.—Dejadle entrar, marqués, dijo Bonneville; yo respondo de él.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras cuando se oyeron precipitados pasos y apareció Michel á la puerta del salón, cubierto de lodo, bañado en sudor, y tan jadeante que sólo pudo decir:

—No perdáis momento, huid, que vienen.

Y agotadas sus fuerzas, sin poder respirar, cayóse apoyando en el suelo una rodilla y una mano. Había hecho media legua en seis minutos, según prometiera á Juan Oullier.

Hubo en la sala un momento de indescribible confusión, sobresaliendo en aquel tumulto la voz del marqués, que empuñaba su carabina y señalaba un armero colocado en un rincón del aposento, en el cual había algunas carabinas y escopetas, gritando: «¡A las armas!» El conde de Bonneville y Pascual se pusieron á un mismo tiempo delante de Petit-Pierre para defenderle, en tanto que Mary alzaba del suelo al barón y Berta corría á abrir una ventana. Entonces se oyeron algunos tiros más cercanos, pero á cierta distancia, y Berta gritó:

—Están en *la vereda de las Cabras*.—¡Es imposible que hayan echado por semejante camino! contestó el marqués.—Os digo que sí.—Es verdad, añadió Michel con débil acento; yo los he visto; iban con antorchas y guiábalos una mujer.—¡Diablo de Oullier! ¿Por qué no está aquí?—Se está batiendo, señor marqués, contestó Michel; por eso me ha mandado en su lugar.—¡Cómo! ¿Os ha mandado él? preguntó el marqués.—Sí, mas yo venía voluntariamente, señorita, pues sabía desde ayer que iban á atacar el castillo, y hallándome preso he tenido que fugarme por una ventana del segundo piso.—¡Cielos! exclamó Mary inmutada.—¡Bravisímo! dijo Berta.—Señores, dijo Petit-Pierre con serenidad; me parece que de todos modos deberíamos apresurarnos á tomar una resolución definitiva: si hemos de pelear, armémonos, cerremos las puertas del castillo, y colóquese cada cual en su puesto; si obtamos por la fuga no tenemos

un minuto que perder.—¡Defendámonos! exclamó el marqués.—¡Huyamos! replicó Bonneville; cuando Petit-Pierre esté en salvo, entonces podremos pensar en la defensa.—¿Qué decís á eso, conde? preguntó Petit-Pierre.—Digo que no hay nada preparado, y que por lo tanto no podemos batinos, ¿no es eso, señores?—Siempre se puede combatir, dijo un recién venido dirigiéndose tanto á los que estaban en el salón como á los dos mancebos que le seguían y á quienes sin duda había encontrado á la puerta.—¡Oh! Gaspar! Gaspar! exclamó Bonneville; y corriendo á él le dijo algunas palabras al oído.—Señores, dijo Gaspar, el conde de Bonneville tiene razón: toquemos retirada. Decid, marqués; ¿hay en este castillo alguna puerta secreta? El tiempo vuela, señores; y los últimos tiros que Aquiles, Corazón de León y yo hemos oído abajo, sonaban á quinientos pasos de aquí.—Señores, añadió el de Souday, os encontráis en mi casa y por lo tanto sobre mí recae toda la responsabilidad. Hoy mando; mañana obedeceré.

Siguió á esas palabras un profundo silencio y el marqués añadió:

—Mary, haz que cierren la puerta del castillo, sin atrancarla, para que puedan abrirla al primer aldabonazo que se oiga. Tú Berta, vé al subterráneo inmediatamente. Mis hijas y yo nos encargamos de recibir al general; mañana nos reuniremos con vosotros si nos decís donde os halláis.

Salió Mary á cumplir las órdenes de su padre, en tanto que Berta, haciendo seña á Petit-Pierre de que la siguiese, salía al patio por la puerta opuesta y entraba en la capilla, donde tomando dos cirios del altar, los encendió en la lámpara, y apretando un resorte que abrió como por encanto la parte anterior del altar, ofreció á los fugitivos una escalera que conducía á un subterráneo, el cual antes servía de panteón á la familia de Souday.

—No podéis extraviaros, dijo la doncella; al extremo encontraréis una puerta con la llave en la cerradura, y por ella saldréis al campo.

Tomó Petit-Pierre la mano de Berta, apretósela, y en seguida bajó á la cueva, precedida de Bonneville y Pascual que alumbraban el camino; en pos de ella iban Aquiles, Corazón de León y Gaspar. Habiendo observado que Michel no estaba entre los fugitivos, Berta cerró la puerta tras ellos.